

LOS COLEGIOS CATOLICOS EN AMERICA LATINA (*)

F. Chamberlain, S. J.

Uno de los problemas más serios para la Iglesia en Latinoamérica es el de sus centros de enseñanza. No ha faltado quien ha puesto en duda la eficacia de estos centros en orden a llevar a cabo la misión de la Iglesia y el desarrollo de la sociedad latinoamericana, sobre todo porque aparecen identificados con las clases adineradas y conservadoras. Pero en todo caso el gran número de sacerdotes y religiosos dedicados a la enseñanza hace necesario un replanteamiento de este tipo de apostolado. Actualmente alrededor de la mitad de los sacerdotes y religiosos de Latinoamérica —unos 75 u 80 mil— trabajan en obras educativas.

Surge la duda de si el dedicar a la enseñanza tanto personal y tanto dinero es el resultado de un análisis profundo de las complejas estructuras socioeconómicas de la sociedad latinoamericana, o sólo el conato de mantener una forma de apostolado tradicional y “segura”.

Nadie puede negar el bien que la enseñanza de la Iglesia en América Latina ha producido en el pasado. Se ha dicho que si no hubiesen existido escuelas, la Iglesia no habría podido salvarse. Pero las dificultades que se esgrimen contra las escuelas no proceden de su utilidad en el pasado, sino de su eficacia actual, en medio de la rápida transformación de la sociedad latinoamericana.

Sólo puede darse un juicio sobre las escuelas católicas considerándolas desde el punto de vista del problema que acucia a todos los sectores de la sociedad latinoamericana: el problema del desarrollo. El desarrollo no es únicamente un problema económico y social; es fundamentalmente una cuestión moral. El hambre y la pobreza no hay que entenderlas solamente en términos de calorías y de métodos inadecuados de construcción; hay que mirarlas sobre todo como fuerzas que degradan íntegramente la persona humana. Y, en cuanto tales, inmorales en su misma raíz. Respecto a estos problemas económicos y sociales la Iglesia no puede permanecer neutral. En su actividad la Iglesia debe dar testimonio del amor de Dios a los hombres y de su preocupación por la condición humana. En América Latina ésto significa la intervención en los problemas del desarrollo.

Si se examina el estado actual de la educación católica en Latinoamérica, se encontrará que muy frecuentemente aprovecha a aquellas clases sociales que se benefician del actual estado social. Esta forma de labor educativa identifica positivamente a la Iglesia con quienes sufren menos

(*) Tomado de la revista «AMERICA» (U.S.A.) 2 Abril - 1966.

las desigualdades sociales y con quienes por prejuicios de casta o tradición familiar están menos interesados en la renovación del orden social. La imagen que tal trabajo crea entre los habitantes de los barrios bajos y los trabajadores agrícolas —y ellos forman el 70 por ciento del total de la población— si no de abierta hostilidad, es al menos de indiferencia.

El interés educacional de la Iglesia para las clases alta y media-alta se ha defendido con el argumento de la fuerza estratégica y del poder que estos grupos ejercen en la sociedad. Si se forma a esa "élite" en la práctica de la fe, se piensa, mantendremos la mentalidad cristiana de toda la sociedad. Ahora bien, la formación de la "élite" económica quizá fuese valor en el pasado, pero es evidentemente absurda en la América Latina de hoy. La paz de Westfalia, cuando la religión del príncipe determinaba la religión del pueblo, ha quedado tres siglos atrás. La estructura de la moderna sociedad latinoamericana no puede ser captada mirándola como un gigantesco feudo medieval. La extensión del sufragio popular y el énfasis puesto en la educación fundamental está transfiriendo el control de la sociedad a las clases baja y media-baja.

Muchos han comprendido las incongruencias de la educación católica tradicional en el contexto de la actual sociedad latinoamericana. Se han iniciado planes para "democratizar" estas escuelas y abrir sus puertas a todas las clases sociales, al margen de su capacidad de pago. Se desarrolla frecuentemente un programa de admisión de estudiantes pobres con beca completa o con una reducida pensión. En algunos casos se abre un colegio para la clase baja vinculado con otro para alumnos de pago. Tales iniciativas evidencian una gran dosis de buena voluntad y una genuina conciencia social. Pero no estoy seguro de si esos intentos de mezclar las clases sociales son el resultado de haber captado el problema de fondo que aqueja a la actual estructura de la educación primaria y secundaria católicas.

El fallo de la educación católica en América Latina es su débil testimonio del amor de Cristo hacia el pobre. Educando a los económicamente seguros —sean sólo moderadamente seguros o muy adinerados— las escuelas católicas han ayudado a formar el abismo que existe entre la Iglesia y las clases bajas. Haciendo esto los colegios dan un peligroso contratestimonio.

La atención que se presta a los programas de becas y a los colegios populares es un intento de romper la imagen de una escuela católica sólo para ricos. Pero un colegio privado no puede funcionar sólo con buena voluntad; necesita una fuente de ingresos fija, lo que sin duda significa cobro de pensiones. Aun cuando el número de alumnos de clase baja alcance el 20 ó 30 por ciento, la mayor parte del alumnado tendrá que estar constituida por quienes pueden pagar, es decir, por aquellos con quienes la Iglesia ha estado ligada por una larga tradición. Dentro del actual contexto latinoamericano es problemático que un esfuerzo, aun serio, de popularizar la educación católica sea capaz de desvincularla de los ricos.

Según mi propia experiencia, la mezcla de clases sociales no ha dado testimonio, excepto de manera "aristocrática", del compromiso de la Iglesia con todos los hombres. Desgraciadamente, el espíritu aristocrático y el testimonio cristiano no siempre se identifican.

La "democratización" presenta una respuesta a los que buscan un replanteamiento de la estructura de la educación católica en Latinoamérica. Según sus defensores, ofrece una solución al callejón en que las escuelas están metidas. Su mística es la de hacer la educación católica asequible a todos. Pero es significativo que la "democratización" ofrezca remediar las deficiencias de la educación católica sin incidir en su estructura actual. Se necesita sólo admitir un cierto porcentaje de alumnos pobres con cualidades, para suponer que la educación católica satisface las fuertes y legítimas demandas de justicia social e igualdad. En otras palabras, la "democratización" es atrayente porque no pide un cambio radical del actual "status quo" de los colegios católicos.

Pero la "democratización" es sólo una solución parcial, y, como toda solución a medias, es peligrosa. Es urgente en América Latina una investigación crítica de la educación católica, basada en la realidad social, una investigación que no persiga poner parches a la situación existente, sino que se plantee en su raíz el problema de la estructura de la educación eclesial. No debemos engañarnos pensando que el sistema actual de educación católica es necesariamente el mejor adaptado a las condiciones sociales de Latinoamérica.

Existen otras objeciones serias a la presencia masiva de los católicos de hoy en la educación primaria y secundaria. En primer lugar, debemos preguntarnos si es posible la formación de unas convicciones sociales profundas en muchachos de 16 ó 17 años, para no mencionar los niños de primaria. Los años de la primera adolescencia se dirigen hacia los problemas internos, centrados en el control de la personalidad, aprendiendo a aceptar mayores responsabilidades, adquiriendo confianza en sí mismo en el trato con los demás, resolviendo el problema de la sexualidad recién descubierta.

Intentar formar una conciencia social profunda en una etapa en la que el adolescente apenas puede captarse a sí mismo es, en la mayoría de los casos, intentar algo imposible. No quiere esto decir que no puedan enseñarse ciertos valores, aun sociales. Pero la mayoría de los estudiantes captarán estos valores sólo de manera superficial.

Durante los estudios primarios podrán formarse otros valores, sobre todo en el área de la práctica religiosa. Pero seguramente asuntos como la asistencia a la Misa dominical no son la sustancia de la vida cristiana. Si la práctica religiosa no está informada por una profunda toma de conciencia de las exigencias del amor cristiano, el cumplimiento fiel de los deberes religiosos no ofrece un testimonio transparente del amor de Dios al hombre, al margen del consuelo que esas prácticas quizá produzcan en el individuo. La educación cristiana debe producir algo más que un ejército de devotos.

Una segunda objeción a la aparentemente excesiva dedicación de la Iglesia a la educación primaria y secundaria es su falta de resultados previsibles. Para que un colegio haga impacto en la sociedad, son imprescindibles largos años de espera, hasta que un número suficiente de sus antiguos alumnos haya logrado introducirse en la sociedad influyente. Y una obra apostólica que piensa sólo en las generaciones futuras está poco adaptada a la actual América Latina. Un apostolado a largo plazo quizá sea eficaz en otras sociedades más conservadoras; pero es muy problemático que lo

sea en el caso social latinoamericano. Las obras a largo plazo dicen muy poco a las necesidades inmediatas de los hombres. Pedir al habitante de los barrios bajos de Lima o Caracas que tenga paciencia mientras la Iglesia prepara miles de jóvenes de clase media-alta, que dentro de 30 años lograrán que mejore su situación, es un método poco adecuado de afrontar los problemas de la miseria humana.

Quiérase o no, los colegios privados en América Latina han llegado a ser para muchos un símbolo de la falta de preocupación de la Iglesia por la gran mayoría de los hombres. No es el momento de discutir los derechos de la Iglesia a establecer sus propias escuelas; para el problema del rostro que presenta la Iglesia no es asunto de derechos, sino de supervivencia. Cristo encargó a sus discípulos que enseñasen y diesen testimonio del amor de Su Padre a los hombres. No dijo que esta misión sólo puede cumplirse a través del sistema de los colegios privados.

El actual momento de América Latina es único en la historia de la Iglesia. Técnicas pastorales válidas en otros lugares y en otros tiempos pueden ser obstáculos positivos para una presentación vigorosa de los ideales y las exigencias del Evangelio. Y, ante todo, estos países subdesarrollados, cristianos de nombre, exigen un nivel de vida, material y cultural que hoy sólo poseen los países avanzados. Para que estos países sigan siendo cristianos, la Iglesia debe identificarse con estas justas exigencias. Y esto no sólo por una pastoral de ocasión o por un trabajo eventual y no planificado con los humildes, sino por un compromiso pleno con el progreso humano en esas áreas cruciales.

Es interesante —y trágico— que mientras se construyen aún colegios para los económicamente seguros, se emplea poco esfuerzo en introducirse en el mundo sindical, en las universidades estatales, en los organismos de educación fundamental, vivienda y salud pública. El trabajo entre los estudiantes de los colegios estatales es inexistente en la mayoría de los lugares. La falta de testimonio cristiano en las universidades gubernamentales es verdaderamente desafortunado, sobre todo si se considera el papel decisivo que juega la Universidad en la vida política y social.

Los católicos deben considerar con seriedad la conveniencia de adoptar algunas técnicas de desarrollo comunitario, empleadas por el Cuerpo de Paz estadounidense. A pesar de todos sus defectos, el Cuerpo de Paz ha llevado a cabo programas de contacto y ayuda personal de un enorme potencial apostólico.

Un planteamiento radical de la participación actual en la enseñanza privada será para muchos desagradable y para otros herético. No creo que sea posible una revisión profunda del apostolado colegial por todos los que ya están metidos en él. Pero es posible que quienes planean nuevos establecimientos de educación privada lleguen a tomar conciencia de los hechos sociológicos. Si estas consideraciones les incitan a pensarlo dos veces antes de dedicar a más sacerdotes y religiosos a la enseñanza privada, al menos habremos conseguido algo. Si se hacen más conscientes de las deficiencias de las escuelas católicas tradicionales, su elección de obras apostólicas puede hacerse más de acuerdo con las necesidades verdaderas de Latinoamérica.